

9. Formar ancianos que consuelen en mundo

Para consolar al hombre fluctuante de hoy, ya no basta con proporcionar estabilidad externa, muros, disciplina, trabajo, horarios, etc. Ni siquiera una comunidad que haga compañía, que alivie la soledad de solteros y solteras movidos por ésta a pedir, a una edad madura, entrar en el monasterio. Porque la inestabilidad que sufre el hombre de hoy es la incapacidad de fijar su corazón, sus pensamientos, sus sentimientos, su voluntad, en una realidad bella y buena, presente y eterna.

Es evidente que nuestros monasterios están llamados hoy, como siempre, a acoger a las personas que quieren entrar o simplemente buscar contacto con nosotros, para ayudarles a salir de una acedia que se ha convertido en cultura, en un estado dominante. Es en este sentido en el que estamos llamados a ser transmisores de la liberación que Cristo, a través de su presencia y amor como Redentor del hombre, viene siempre a ofrecer a los hombres y mujeres de todos los tiempos. Pero esto implica que nos dejemos formar primero por la sabiduría de vida, que nos transmite la tradición monástica y en particular la tradición benedictina.

Cuando leemos y presentamos la Regla de San Benito, distinguimos entre lo que es actual hoy en día y lo que ya no es relevante. Siempre me sorprende lo poco que ya no es relevante en este texto, que tiene 15 siglos de antigüedad. Y a veces nos encontramos con que lo que ya no era relevante hace 50 años, ahora lo es de nuevo. Por ejemplo, hace unos años, cuando visité una comunidad que tenía ante sí, como casi todas las comunidades, el problema de que algún hermano abusaba de Internet, comprendí una vez más la importancia, al menos simbólica, de los dos ancianos que San Benito encarga de pasear por el monasterio durante la *lectio divina* de los hermanos, para ver "si no hay algún monje perezoso [*acediosus*], que pierda el tiempo en la ociosidad o en la charla, en lugar de dedicarse a la lectura, y que así, no sólo se hace daño a sí mismo, sino que disipa a los demás" (RB 48,18).

Estos dos hermanos mayores se convierten de esta forma en guardianes del alma de sus hermanos, porque la acedia es una enfermedad del alma. Debemos tomarnos en serio esta imagen, debemos tomarla en serio como comunidad y en nuestras relaciones comunitarias. Somos "ancianos", somos "monásticamente" maduros, cuando tenemos y compartimos la preocupación de que nuestros hermanos y hermanas no caigan en la acedia o permanezcan encerrados en ella.

Hoy debemos preguntarnos si tenemos y si estamos formando "ancianos" que sepan acompañar a los "disipados disipadores" que el mundo actual produce en masa y que a menudo son arrojados sobre nosotros por las olas de la sociedad líquida, como naufragos en una playa desconocida. ¿Somos nosotros estos ancianos, estamos formados por toda nuestra tradición monástica en esta madurez humana, estable, pacífica, benévola, que puede realmente transmitir un verdadero consuelo al hombre de hoy?

Siempre debemos meditar en la figura más madura y realizada de monje que San Benito describe en la Regla: el anciano de la puerta, el portero del monasterio descrito en el capítulo 66, que originalmente tenía la intención de ser el capítulo

final de la Regla, como sabemos. Un monje verdaderamente estable en su interior, que puede permanecer en la "periferia" del monasterio sin correr el riesgo de disiparse. Un monje que es capaz de acoger y establecer una relación benévola y de bendición con todos. Un monje que sabe cómo hablar a los corazones de la gente, para responder a su búsqueda de sentido y amor. Un monje inflamado por la caridad. Todo esto lo describe San Benito al hablar del anciano que ejerce su oficio de portero (RB 66,1-4).

Podemos preguntarnos si nuestra vida comunitaria, nuestra observancia, nuestra disciplina, nuestras adaptaciones a la situación actual, si todo esto forma todavía y siempre, en nosotros y en nuestros hermanos y hermanas, esta madurez humana y espiritual. Y también podemos preguntarnos si nos preocupa colocar a estos monjes y monjas en el lugar donde el monasterio entra en relación con el mundo. Sabemos que la periferia de la que habla el Papa Francisco no está a mil kilómetros del monasterio: está a la puerta del monasterio. Y hoy, la puerta del monasterio ya no es tanto la entrada física a nuestros edificios, sino las entradas virtuales e informatizadas, que a veces están en nuestras celdas y casi en todas partes en el recinto monástico. ¿Nos importa que también en estas puertas haya un anciano sabio cuya madurez le impide disiparse? Sabemos que este no suele ser el caso, ¡sino al contrario!

¿No será la estabilidad interior, propia de esta concepción benedictina de la madurez monástica, el verdadero medio, útil, necesario y urgente, de transmitir la salvación de Cristo que estamos llamados a ofrecer hoy al mundo, aunque nos sintamos cada vez más frágiles y precarios?

De hecho, si repasamos el capítulo 27 de la Regla, entendemos que en el fondo sólo hay una cosa que podemos y debemos transmitir: el consuelo, un verdadero consuelo, un acompañamiento que dé valor y confianza al naufrago que el mundo actual produce y quiere arrojar fuera de él. Los miles de refugiados que creemos que provienen de un mundo distinto al nuestro son en realidad como un espejo y un reflejo de nuestros rechazos, de la gente naufragada que nuestro mundo produce.

La necesidad de estabilidad, de duración, que nos grita la fluctuante humanidad de hoy, es quizás para nosotros una gran oportunidad que el Espíritu Santo nos ofrece para recuperar la conciencia del valor de nuestra vocación y misión. Porque entendemos que el compromiso por nuestros votos de estabilidad, la fidelidad que cultivamos, la permanencia que practicamos, no son sólo un bien para nosotros, sino un bien que transmitir al mundo, un don que estamos llamados a compartir, a transmitir.

Pero esta transmisión sólo puede ser realizada por nuestras personas y nuestras comunidades. No se trata de transmitir valores, de proponer una forma de vida, una disciplina, sino una experiencia vivida que se transmite sólo de persona a persona, mejor aún: que se transmite sólo transmitiendo, dando, entregando a los demás, al mundo, a nuestras personas y a nuestras comunidades.